

porque querer es poder.

— Te asiste razón y es cierto;  
¿mas si llegas á mirar  
de noche, en claustro desierto  
que se te aparece un muerto  
y que te pretende hablar?

— Conseja, fútil conseja,  
que el ánimo enfermo trunca  
de un imbécil ó una vieja,  
pues el que la vida deja  
no vuelve á la vida nunca.

— Los Santos Padres dijeron,  
acuérdate, en un concilio...

— Los Santos Padres mintieron;  
los pobres no conocieron  
ni á Tibulo, ni á Virgilio.

— ¿Pero tú no juzgas ciertos  
sus relatos consagrados,  
que afirman los más expertos?

— Decir que vuelven los muertos,  
no es cosa de hombres honrados.

— Siempre te encuentro de fiesta,  
no pierdes tu buen humor,  
ni en una cuestión cual ésta,  
y quiero hacer una apuesta  
para probar tu valor.

— Lo que quieras, nada temo;  
por bravo no me reputo,  
pero soy digno en extremo;  
ni con los diablos me quemó  
ni con los muertos discuto.

— Pues bien; te voy á decir,  
y no me hagas un reproche,  
pues lo puedes discutir:  
no eres capaz de venir

al cadalso, á media noche.

— ¿Pero qué, te has figurado  
que soy tan vil y cobarde?  
yo subiré á ese tablado,  
aun estando el cuerpo helado  
del que ahorcaran por la tarde.

— Tan bravo no te creí.

— Pues sábelo; así soy yo,  
y de tal suerte nació.

— Pues yo te digo que no.

— Y yo te digo que sí.

— Ya que junto á la horca estamos,  
en ella voy á poner  
este libro que llevamos,  
y cuando las doce oigamos  
lo vendrás á recoger.

— Ve á ponerlo, nadie tiene  
duda, de mi altiva fe,  
pues sin mancha se sostiene;  
que la media noche suene  
y á recogerlo vendré.

Y alegres, los dos cruzaron  
las calles de la ciudad;  
de otras cosas conversaron  
y así contentos llegaron  
hasta la Universidad.

## V

Llegó la noche sombría;  
el espacio se enlutaba;  
el viento horrible gemía;  
la lluvia tenaz caía  
y el cielo relampagueaba.

Una promesa hecha entonces

era un pacto temerario  
 esculpido sobre bronce;  
 oyeron ambos las once  
 y se fueron al Calvario.

Moviendo iguales sus piernas  
 cruzaron por la ciudad,  
 que en esas noches eternas,  
 sin lámparas ni linternas,  
 mostraban su soledad.

Pronto en el Calvario dieron;  
 de la capilla, al portal  
 por instinto se acogieron;  
 surgió un relámpago, y vieron  
 el patíbulo infernal.

— Voy por el libro y me esperas;  
 y así no me harás reproche.  
 — Ve y vuelve cuando tú quieras.

Y las campanas austeras  
 sonaron la media noche.

El que se quedó, veía  
 marchar con grave arrogancia  
 al que al cadalso partía,  
 y á poco, tan sólo oía  
 sus pasos en la distancia.

Luego un rumor sordo y hueco,  
 después un murmullo falso  
 como el engaño del eco,  
 y en seguida un golpe seco  
 en las tablas del cadalso.

Con ansiedad sobrehumana  
 el uno al otro esperó,  
 y fué su esperanza vana,  
 pues despuntó la mañana  
 y Manresa no volvió.

No volvió, porque tocaron  
 sus manos, en el incierto  
 sitio, el libro que buscaron,  
 y sintió que lo tiraron  
 de la capa y cayó muerto.

. . . . .  
 . . . . .

## VI

No bien hubo amanecido,  
 Ramírez sube anhelante  
 al cadalso aborrecido,  
 y halló en las tablas tendido  
 el cuerpo del estudiante.

Lleno de horrible aflicción  
 cuando á su mente se escapa  
 de la muerte la razón  
 encuentra sobre un tablón,  
 prendida á un clavo, la capa.

Y á varios que le seguían  
 les dijo el motivo justo  
 y todos se convencían;  
 — Sintió que lo detenían.  
 y es claro...; murió del susto!

## EL CALLEJÓN DEL AVE MARÍA

Es á la vida el amor  
 lo que al rostro la sonrisa,  
 lo que á las playas la brisa,  
 lo que el aroma á la flor.  
 Escudo contra el dolor  
 bálsamo para el pesar;  
 tanto alcanza á dominar  
 el corazón donde anida,  
 que sin el amor no hay vida,  
 pues se nace para amar.

¡Ay! en la contienda humana,  
 tan amarga como breve,  
 la dicha es fantasma leve  
 y la ilusión sombra vana!  
 ¡Ay del mortal que se ufana  
 de la pasión que lo hiere!  
 ¡Ay del que á todo preficre  
 la llama que el pecho abrasa!  
 ¡Todo es fugaz, todo pasa,  
 todo engaña y todo muere!

¿Quién refrena la pasión  
 que lo deslumbra y lo ciega?  
 ¿Quién alguna vez no entrega  
 rendido su corazón?  
 Sueño, delirio, ficción,

que en silencio nos inquietas,  
 ¿quién no sintió tus saetas,  
 niño amor? ¿quién ha negado  
 que á tu influjo se han formado  
 los héroes y los poetas?

No en vano el sabio profundo  
 omnipotente te llama,  
 y el filósofo proclama  
 que tú dominas al mundo.  
 Venero eterno y fecundo  
 de goces y de pesares,  
 palpitando en tus altares  
 verás el humano anhelo  
 mientras se retrate el cielo  
 en el cristal de los mares.

Por ti, amor, sueña anhelante  
 el hombre, que el mundo abarca;  
 eres el ruego en Petrarca  
 y la maldición en Dante.  
 Golfo azul siempre inconstante  
 en tus ondas se redimen,  
 los que esperan, los que gimen,  
 y eres nota en el laúd,  
 fuerza oculta en la virtud,  
 razón eterna en el crimen.

Y si en la humana contienda  
 mueves lo muerto y lo vivo  
 ¿cómo no has de ser motivo  
 de esta sencilla leyenda?  
 En mi obscura y triste senda  
 siendo niño la escuché,  
 con rudos versos labré  
 para el pueblo el fútil cuento,  
 conservando el argumento  
 lo mismo que yo lo sé.

Era por el tiempo aquel  
 en que al pueblo los virreyes  
 con más milagros que leyes  
 lo mantuvieron fiel.  
 En Méjico á san Miguel  
 rico templo levantaron,  
 y tal como lo admiraron,  
 aquellas épocas pías,  
 lo entregan á nuestros días  
 los años que ya pasaron.

Era de ver cada tarde  
 con el postrer arrebol,  
 cuando el moribundo sol  
 hace de su pompa alarde;  
 cuando entre nácares arde  
 envuelto en fuego divino  
 el horizonte opalino,  
 y que semejan las nubes  
 alas de blancos querubés  
 buscando un alto camino.

Era de ver cual caían  
 del templo en cada ventana  
 los rayos que en oro y grana  
 muros y altares teñían,  
 y ver cómo revestían  
 de vaga y purpúrea luz,  
 luchando con el capuz  
 de la noche que llegaba,  
 al Cristo que agonizaba  
 clavado sobre la cruz.

Y ver al pie del altar  
 prestándole nuevo encanto  
 á una mujer cuyo llanto  
 nunca se pudo secar.

Viva estatua del pesar,  
 con triste y medroso acento,  
 al obscuro firmamento  
 alza sus preces sencillas,  
 con el llanto en las mejillas  
 y el luto en el pensamiento.

Siempre en la misma actitud,  
 sola siempre y enlutada,  
 revelando en la mirada  
 duda, pasión y virtud:  
 era en plena juventud  
 joya de sin par ternura,  
 dulce, sosegada, pura,  
 escondiendo al mundo ingrato  
 con la faz toda recato,  
 el alma toda amargura!

Velaba con negra toca  
 linda faz de labios rojos;  
 siempre con llanto en los ojos  
 y plegarias en la boca.  
 Juzgárala pobre loca  
 quien la hubiera contemplado  
 en aquel templo callado,  
 sin reserva y sin testigo,  
 hablando como á un amigo  
 á Jesús crucificado:

« Santo y Justo Redentor,  
 que canta el ángel tu nombre,  
 tú que tanto amaste al hombre  
 que moriste por su amor:  
 aparta de mí, Señor,  
 este dolor sin segundo;  
 cúrame este amor profundo  
 que mis venturas apaga,  
 pues por él, mi fe naufraga  
 sobre los mares del mundo.

» Sé tú el mejor consejero  
para una infeliz mujer;  
Señor, no quiero querer,  
y no queriendo más quiero.  
Será mi deber primero  
olvidar, y no he nacido  
para olvidar; no he podido,  
pues del amor que me inflama  
nunca extinguirán la llama  
ni la ausencia ni el olvido.

» Tan intensa es mi pasión,  
tanto mi ser ha llenado  
que á cometer un pecado  
me arrastra la tentación.  
vengo á imp orar tu perdón  
á tu doctrina fiel;  
librame del hombre aquél  
que me roba dicha y calma;  
yo no quiero darle el alma  
y mi alma se va con él.

» Me lo acerca mi deseo  
hasta el fondo de mi pecho,  
busco descanso en el lecho  
y allí, dormida, lo veo.  
Te desconoce; es ateo,  
no va de tu cruz en pos;  
nos separan á los dos  
de un abismo los horrores;  
lo adoro y de sus amores  
sálvame tú que eres Dios!»

Apagó el sol sus reflejos,  
y en la sagrada mansión  
resonó de la oración  
el toque dado á lo lejos.  
Abubillas y vencejos  
en las bóvedas graznaban;

las tinieblas enlutaban  
las tristes, desiertas naves,  
y del sacristán las llaves  
junto á la puerta sonaban.

« Señor: esperando estoy  
tu consejo ambicionado,  
la noche es para el pecado  
y es de noche y ya me voy.  
Tu sierva obediente soy,  
dame un amparo, una guía;  
¿cuál es la defensa mía?  
¿qué digo en tu nombre yo? »  
y en los aires resonó  
esta frase: ¡Ave María!

Con más pena que placer  
juzgando aquel eco incierto,  
salió del templo desierto  
temblando aquella mujer.  
Volvió el rostro para ver  
por vez postrera el altar,  
y un fulgor crepuscular  
bañaba el rostro divino,  
del que por el hombre vino  
su vida á sacrificar.

Santiguóse la enlutada,  
aquel templo abandonó  
y por la calle cruzó  
entre confusa y turbada.  
A una calleja olvidada  
penetra con gran presteza,  
y con temor y tristeza  
por el amor que la abrasa,  
abre el portón de una casa  
y llora, suspira y reza.

Ya en su estancia solitaria,  
aquella mujer temblando,

oye en las torres vibrando  
el toque de la plegaria.  
Con cautela extraordinaria,  
con indecible emoción,  
explora con intención  
la calle y absorta queda,  
viendo una escala de seda  
pendiente de su balcón.

Un hondo lamento exhala,  
cruza su mente una nube,  
y en tanto, rápido sube  
un mancebo por la escala.  
Al verlo entrar en la sala  
la dama se maravilla,  
— « No creí tanto, Marcilla :  
eres audaz y atrevido ».  
Y él diciendo : « ¡ Lo he cumplido ! »  
hinca en tierra una rodilla.

« Vengo á que cumplas fiel  
de seguirme el juramento ;  
te amo con el ardimiento  
de mi sangre de Israel.  
Si no cumples, Isabel,  
ese juramento, advierte  
que no me importa mi suerte,  
pues dueño de mí no soy  
y en este sitio te doy  
entre mis brazos la muerte ».

Y tomándola de un brazo  
hace ademán de llevarla  
al balcón, para bajarla  
por la escala, con un lazo.  
Ella dice : — « Yo rechazo,  
aunque te adoro rendida,  
tu propuesta aborrecida ;  
¡ mátame ! ¡ no temo nada !

¡ Vale más morir honrada  
que vivir envilecida ! »

Saca Marcilla un puñal,  
y cuando herirla imagina  
ve que todo se ilumina  
con una luz celestial.  
Una mujer sin igual  
que describir no osaría,  
surge en la estancia sombría,  
se interpone entre los dos  
y grita Isabel : « ¡ Por Dios !  
¡ Ampárame ! ¡ Ave María ! »

Quedó Marcilla turbado,  
y en su inmensa turbación  
por el angosto balcón  
escapó precipitado.  
Aquel espectro sagrado  
se fué elevando después  
de los cielos al través ;  
Isabel lo contemplaba  
y sollozando rezaba  
arrodillada á sus pies.

Bajo aquel balcón desierto,  
en la acera abandonada,  
á la luz de la alborada  
se encontró á Marcilla muerto.  
Ninguno el motivo cierto  
de una escena tan sombría  
supo, pero todavía  
guardando la tradición,  
al angosto callejón  
llaman del « Ave María ».

Y puede el lector atento  
dar crédito á la conseja,  
ó dejarla cual se deja  
la trama fútil de un cuento.

Yo ni afirmo ni comento,  
ni el suceso negaré;  
dice el pueblo que así fué,  
y si el pueblo es buen testigo  
el hecho en su nombre digo  
lo mismo que yo lo sé.

## EL SEÑOR DEL REBOZO

LEYENDA DE LA CALLE DE SANTA CATALINA DE SENA

Desde los remotos años  
con que la historia comienza,  
ha sido la fe el origen  
de ensangrentadas contiendas.

Todos los pueblos registran  
en su agitada existencia,  
mártires que sucumbieron  
en aras de la fe ciega.

Una palabra, un relato,  
una intrincada conseja,  
dejan en las multitudes  
profunda, imborrable huella.

Busca á Cristo en el sepulcro  
la piadosa Magdalena,  
y no hallando su cadáver  
su resurrección sospecha.

Á poco, envuelto en un nimbo  
de aurora tibia y serena,  
Jesús, á la redimida  
deslumbra con su presencia.

Ella refiere el prodigio,  
nadie la verdad le niega,

y así se cumple el milagro  
que anunciaran los profetas.

¿Quién ignora las visiones  
que tuvo santa Teresa  
cada vez que al rey del cielo  
en sus éxtasis se acerca?

¿Quién no ha visto á san Antonio,  
tal cual los lienzos lo muestran,  
con Dios niño que á sus brazos  
baja amante y lo contempla?

Por donde volváis los ojos  
veréis cosas estupendas  
de muertos que aparecen  
en medio de las tinieblas.

De seres desconocidos  
que en desconocida lengua  
los secretos de ultra tumba  
á los vivos les revelan.

El enigma y el misterio,  
lo que pasma y amedrenta,  
son bases en que descansan  
las más antiguas leyendas.

No extrañen pues los lectores  
que aquestas páginas vean.  
lo absurdo y lo inverosímil  
hallar á veces en ellas.

El suceso que relato  
es el pueblo quien lo cuenta,  
y los cuentos populares  
por sencillos se respetan.

Además, no es un relato  
que sólo al vulgo interesa,  
que á la imagen á que aludo,  
muy venerada en mi tierra,

se le consagra con pompa,  
como una memoria tierna,  
una función religiosa  
cada año en movable fecha.

Si crédito no merece  
el bardo que la comenta,  
sí debe darse, á fe mía,  
en este caso á la Iglesia.

Hubo entre las muchas monjas  
obedientes á las reglas  
que han santifica'o el nombre  
de Catalina de Sena,

una que fué vivo ejemplo  
de humildad y de pobreza,  
en sus costumbres sin tacha  
y en su devoción discreta.

La juzgaron una santa  
por sus virtudes austeras  
cuantos de cerca la vieron  
en el coro y en la celda.

Era de familia pobre  
de faz apacible y bella,  
con los ojos siempre alzados  
á la azul, celeste esfera.

Con la tez limpia y brillante  
cual pétalo de azucena,  
y los labios sólo abiertos  
para la oración más tierna.

Esposa de Jesucristo  
le amó con pasión tan ciega  
que fué su divino ejemplo  
su solo norte en la tierra.

Costumbre de muchos años  
fué para mujer tan buena,

después de extender la noche  
sobre el mundo sus tinieblas ;

sin ser vista por ninguno  
bajar del claustro á la iglesia  
y recatada en las sombras,  
sola, en la nave desierta,

arrodillarse temblando  
ante la imagen excelsa  
de un Nazareno que marcha  
cargando la cruz á cuestras,

y con el llanto en los ojos,  
y con palabras muy tiernas  
decirle que lo adoraba  
con una pasión inmensa.

Que en él cifraba su dicha,  
su esperanza hermosa y cierta  
y que soñaba al mirarlo  
en vida mejor y eterna !

La monja buscaba siempre,  
en invierno, en primavera,  
para su altar predilecto  
en el jardín rosas nuevas.

Siempre en el altar ponía  
con gran empeño las ceras,  
á fin de que ni un instante  
se hallase á Jesús sin ellas.

Y en treinta años no dejaron  
de arder las sagradas velas  
ni halló en el altar ninguno  
rosas ajadas y secas.

¡ Siempre las flamas brillantes !  
¡ Siempre las rosas enhiestas !  
¡ Siempre el altar arreglado  
y limpio como de fiesta !

El amor en las mujeres  
hace prodigios sin tregua,  
y más el amor del alma,  
que nada pide á la tierra.

Con burdas y humildes tocas  
sus gracias la monja vela  
y tiene en vez de placeres  
oración y penitencia.

Vive, como en los jardines  
la pudorosa violeta,  
escondida para el mundo,  
pero tranquila y contenta.

No conoce más amores  
que el santo amor que la llena :  
¡ El amor al Nazareno  
que carga su cruz á cuestras !

Y se siente tan dichosa  
cuando de noche le reza,  
y cuando en su altar le pone  
fragantes las rosas nuevas,

que sueña que ya disfruta  
la sola vida que anhela,  
la vida del amor puro,  
la inacabable, la eterna.

En seis lustros, cada noche,  
hinchida de unción suprema  
habló con Jesús la monja  
sin que nadie lo supiera.

El tiempo no pasa en vano  
para la frágil materia  
que pierde con cada invierno  
la galanura y la fuerza ;

los robles de la montaña  
á los años se doblegan

y el heno en sus altas copas  
prende sus blancas guedejas.

La piadosa enamorada  
de la más alta pureza,  
enfermó al cabo, que todo  
el que ama tanto se enferma.

Fué grande, dura, sin nombre,  
su angustia, su oculta pena,  
cuando su santa costumbre  
hubo de cortar por fuerza.

Postrada en el tosco lecho  
y de lágrimas cubierta  
oyendo sonar las horas  
que ayer pasara en la iglesia:

« Señor — clamaba — no quieres  
que te visite tu sierva;  
que tu voluntad se cumpla  
en los cielos y en la tierra.

« Ya no puedo dar un paso;  
son cual de hierro mis piernas  
y siento que por instantes  
me van faltando las fuerzas.

« ¿Quién mantendrá ante tus plantas  
siempre encendidas las velas,  
lo mismo que tú mantienes  
en el cielo las estrellas?

« Estará tu altar muy triste;  
las flores estarán secas;  
que ninguna ha de llevarte  
cada noche rósas nuevas.

« Señor, ¡ si pudiera verte,  
qué feliz entonces fuera!  
Quiero mirarte un momento,  
mirarte, y quedarme muerta! »

Al decir estas palabras  
vió una claridad inmensa,  
un fulgor como el que vierte  
en lo alto la luna llena.

Vió después abrirse un muro  
y aparecer en la celda  
la Imagen que veneraba  
noche por noche en la iglesia.

Acercóse el Nazareno  
y con voz dulce y serena:  
« He venido á verte — dijo —  
porque estás sola y enferma.

« Aun en mi altar se mantienen  
ardiendo las mismas ceras  
que tú encendiste, y las rosas  
que me llevastes están frescas.

« Tu fe te salva; no sufras;  
mira con amor tus penas,  
eres la sierva de Cristo  
y Cristo ampara á su sierva. »

Vió la monja que la Imagen  
iba á salir de la celda,  
y como era noche horrible  
de atronadora tormenta.

« Señor, no salgas — le dijo,  
con voz lacrimosa y tierna: —  
¿ Cómo ha de mojar la lluvia  
tu sacrosanta cabeza?

« Nada tengo que ofrecerte,  
mira cuán pobre es tu sierva,  
pero toma este rebozo  
de mi santo amor en prenda,

« Y que te envuelva y te cubra  
mientras bajas á la Iglesia. »

Y cual si estuviera sana  
llena de vida y de fuerzas,

saltó del lecho la monja  
dió algunos pasos resuelta  
y envolvió del Nazareno  
la luminosa cabeza.

A la mañana siguiente,  
según dice la leyenda,  
hallaron sobre su lecho  
á la humilde monja muerta.

Emanaba su cadáver  
fresco olor de rosas nuevas  
y una luz cual la que vierte  
en lo alto la luna llena.

Y cuentan que vieron todos  
con indecible sorpresa,  
dentro del sagrado nicho  
en que la imagen se encierra,

al Nazareno, mostrando  
del raro prodigio en prenda,  
sobre su cuerpo el rebozo  
que usaba la monja aquella.

En Méjico, desde antaño  
piadoso el pueblo celebra  
en honor del Nazareno  
que motiva esta leyenda,

año por año, en el templo  
de Catalina de Sena,  
el primer viernes de marzo,  
una religiosa fiesta.

Acude al altar el pueblo,  
pues según el vulgo cuenta,  
si ante el Señor del Rebozo  
treinta y tres credos se rezan,

de tres gracias que le pidan  
una gracia nunca niega,  
siempre que resulte justa  
y al creyente le convenga.

Así, peinando sus canas,  
me lo refirió una vieja  
y así lo digo peinando  
las canas en mi cabeza.

## EL PRIMER MÁRTIR

LEYENDA DE LA CALLE CERRADA DE SANTA TERESA

—

Á MI BUEN AMIGO DAVID M. ALCALDE

—

## I

A tiempo que Bonaparte  
conmueve el trono de España  
y que invaden sus legiones  
á la villa coronada;

mientras los odios dividen  
á Carlos cuarto el monarca  
y á su heredero que adulan  
los enemigos de Francia,

llegan con retardo á Méjico  
nuevas que á todos alarman  
y que al pueblo y á los nobles  
más que nunca los separan.

Piensen al hijo de Carlos  
invocar las clases altas,  
asegurándole un trono  
dichoso en la Nueva España.

El pueblo, sin revelarlo,  
abriga las esperanzas

de hallar en la tierra propia  
algo mejor que en la extraña;

pero ninguno lo dice  
porque se piensa en voz baja,  
mientras duerme entre leones  
el águila de la patria.

Los comerciantes más ricos,  
núcleo de la aristocracia,  
que en el Parián aparecen  
dueños de opulentas casas,

juzgan que el Virrey no mira  
muy mal del pueblo la causa,  
pues si no se muestra adicto,  
de ningún modo la ataca.

Y como los ricos saben  
por el trato y por la práctica  
que Iturrigaray es débil  
y que siempre al pueblo halaga,

se congregan una noche  
y con viriles palabras,  
frente á don Gabriel de Yermo  
discuten cuestión tan ardua.

Era don Gabriel un hombre  
con mucho temple en el alma,  
con mucho influjo en la corte  
y mucho dinero en caja.

Presidiendo aquel concurso  
dió al cabo su opinión franca  
y á todos dijo: « Es preciso  
salvar el honor de España;

» y como en estos momentos  
allá la atención embarga,  
la guerra horrible y tremenda  
que se sostiene con Francia,

» debemos aquí nosotros,  
en época tan aciaga  
hacer lo mismo que hiciera  
nuestro querido monarca.

» Si el Virrey es torpe y débil,  
si es verdad que al pueblo halaga,  
se le derriba y al punto  
con otro se le reemplaza.

» Busquemos un hombre activo,  
bien avezado en las armas  
y no midamos escollos  
ni escuchemos amenazas.

» El honor de nuestros reyes  
no admite baldón ni mancha,  
y á velarlos nos obliga  
de nuestra estirpe la fama. »

Entusiasmaron á todos  
tan sentenciosas palabras,  
quizás porque fueron dichas  
con una franqueza honrada.

Formaron los conjurados  
una legión fuerte y vasta,  
y cuando nadie lo espera  
terrible motín estalla.

El Virrey, del alto solio,  
preso y humillado baja :  
le imponen luego un destierro  
y sale de Nueva España.

## II

Á Iturrigaray proscripto  
en el gobierno reemplaza  
Pedro Garibay, un hombre  
envejecido en campaña,

de carácter seco y agrio,  
de altivez nunca domada  
y enérgico hasta ese punto  
en que la crueldad resalta.

Distinguióse desde luego  
por medidas arbitrarias,  
sin respetar fueros, rangos,  
antecedentes y canas.

Sometió á largas prisiones  
y á pruebas duras y amargas,  
á personas de respeto,  
por sus méritos sin tacha.

Contáronse entre las víctimas  
en quienes cebó su saña,  
Azcárate, Talamantes,  
y un letrado de gran fama,  
síndico del Municipio,  
de erudición firme y vasta,  
y que don *Francisco Primo  
de Verdad* se apellidaba.

*Verdad* no tuvo recelo  
en mostrar su opinión franca  
delante de muchos ricos  
y personas de prosapia;

en cada vez que trataron  
de interpretar al monarca,  
reformando en nombre suyo  
cuanto aquí nos gobernaba.

Era *Verdad* hombre docto,  
de una conducta sin mancha,  
enemigo de dobleces,  
ambajes y torpes tramas,

y juzgó lógico y recto  
sostener con sus palabras,

con sus escritos y á veces  
con sus acciones honradas,

que era inútil y humillante  
buscar solo al rey de España  
y ofrecerle un nuevo trono  
en tan tristes circunstancias ;

que Méjico tan extenso,  
teniendo riquezas tantas,  
y contando tantos hombres  
doctos en letras y en armas,

estaba predestinado  
á romper ligas extrañas  
y á gobernarse á si mismo  
sin compromisos ni trabas.

Ricos, clérigos, oidores  
que oyeron tales palabras  
unánimes dirigieron  
á *Verdad* mil amenazas.

Y el escándalo fué grande  
y ya no tuvieron calma  
cuando de *Verdad* oyeron  
estas heréticas máximas :

« Si queréis un rey, señores,  
no lo busquéis en España ;  
rey absoluto es el pueblo,  
porque á si mismo se basta  
y el nuestro, derecho tiene  
de ser dueño de su casa. »

Expresiones semejantes  
á todos hieren y alarman  
y del derecho divino  
como defensores saltan.

Quien á *Verdad* un insulto  
grosero y amargo lanza ;

quien del Espiritu Santo  
invoca al hablar la llama ;

quien al síndico le augura  
ir del infierno á las brasas,  
por perjuro y por rebelde  
enemigo del monarca.

Uno dice que ha ofendido  
á la persona sagrada ;  
otro, blasfemo y hereje,  
le grita lleno de rabia ;

Y unos y otros lo amonestan,  
lo condenan, lo amenazan,  
y él recibe las injurias  
con estoica y dulce calma.

Al último el Arzobispo  
de la silla se levanta,  
sentencioso lo maldice,  
con voz que por grave pasma.

Garibay, que en todo accede  
á cuanto el Prelado manda,  
aplaude aquella sentencia,  
que oportuna y justa llama,

y á *Verdad* desde aquel día  
lo encierran en negra estancia,  
en la cual nunca penetran  
los rayos de la mañana.

### III

En la calle que aun existe  
transversal, corta y cerrada,  
con el nombre de la egregia  
inmortal Doctora de Ávila,  
se conserva en una pieza

de una conocida casa<sup>1</sup>  
 el muro del calabozo  
 que en época tan nefanda

servió de cadalso al hombre  
 que inició con sus palabras  
 la vida libre de un pueblo,  
 la causa inmortal y santa,  
 que fué más tarde en Dolores  
 vida y luz para la Patria.

El muro guarda las huellas,  
 por el tiempo consagradas,  
 que en sus últimos instantes  
 en medio de horribles ansias,

esculpió allí con las uñas  
 de las dos manos atadas<sup>2</sup>  
 el mártir á quien hoy ciñe  
 eternos lauros la fama.

Y venerado por todos,  
 en la Historia se levanta,  
 pues antes que nadie quiso  
 independernos de España.

<sup>1</sup> En la casa número 4 de la calle cerrada de Santa Teresa, propiedad del señor licenciado don Joaquín María Alcalde.

<sup>2</sup> Al construir la casa, se convirtió el antiguo calabozo en comedor, que se decoró lujosamente, cuidando de conservar en el muro una imborrable huella con la inscripción siguiente: *Este es el agujero del clavo en que fué ahorcado el licenciado Verdad*. Abajo se notaban señales que la víctima dejó grabadas en la pared al sufrir las agonías de la muerte.

## EL CALLEJÓN DEL BESO

LEYENDA DE LA PRIMERA CALLE DE LOS PLATEROS

Una noche invernal, de las más bellas  
 con que engalana enero sus rigores  
 y en que asoman la luna y las estrellas  
 calmando penas é inspirando amores;  
 noche en que están galanes y doncellas  
 olvidados de amargos sinsabores,  
 al casto fuego de pasión secreta  
 parodiando á Romeo y á Julieta.

En una de esas noches sosegadas,  
 en que ni el viento á susurrar se atreve,  
 ni al cruzar por las tristes enramadas  
 las mustias hojas de los fresnos mueve;  
 en que se ven las cimas argentadas  
 que natura vistió de eterna nieve,  
 y en la distancia se dibujan vagos  
 copiando el cielo azul los quietos lagos;

llegó al piede una angosta celosía,  
 embozado y discreto un caballero,  
 cuya mirada hipócrita escondía  
 con la anchurosa falda del sombrero.  
 Señal de previsión ó de hidalguía  
 dejaba ver la punta de su acero

y en pie quedó junto á vetusta puerta,  
como quien va á una cita y está alerta.

En gran silencio la ciudad dormida,  
tan sólo turba su quietud serena,  
del Santo Oficio como voz temida  
débil campana que distante suena,  
ó de amor juvenil nota perdida  
alguna apasionada cantilena  
ó el rumor que entre pálidos reflejos  
suelen alzar las rondas á lo lejos.

De pronto, aquel galán desconocido  
levanta el rostro en actitud violenta  
y cual del alto cielo desprendido  
un ángel á su vista se presenta :  
— « ¡ Oh, Manrique ! ¿ Eres tú ? ¿ Tardehas venido ! »  
— « ¿ Tarde, dices, Leonor ? las horas cuenta. »  
Y al tiempo que contesta á tal reproche  
daba el reloj las doce de la noche.

Y dijo la doncella : — « Debo hablarte  
con todo el corazón ; yo necesito  
la causa de mis celos explicarte.  
Mi amor, lo sabes bien, es infinito,  
tal vez ni muerta dejaré de amarte ;  
pero este amor lo juzgan un delito  
porque no lo unirán sagrados lazos,  
puesto que vives en ajenos brazos.

» Mi padre, ayer, mirándome enfadado  
me preguntó, con duda, si era cierto  
que me llegaste á hablar enamorado,  
y al ver mi confusión, él tan experto,  
sin preguntarme más, agregó airado :  
prefiero verlo por mi mano muerto,  
á dejar que con torpe alevosía  
mancille el limpio honor de la hija mía.

» Y alguien que estaba allí dijo imprudente :

¡ Ah ! yo á Manrique conocí en Sevilla,  
es guapo, decidor, inteligente,  
donde quiera que está, resalta y brilla ;  
mas conozco también á una inocente  
mujer de alta familia de Castilla,  
en cuyo hogar, cual áspid se introdujo  
y la mintió pasión y la sedujo.

» Entonces yo, celosa y consternada,  
le pregunté con rabia y amargura,  
sintiendo en mi cerebro desbordada  
la fiebre del dolor y la locura :  
— ¿ Esa inocente víctima inmolada  
hoy llora en el olvido su ternura ?  
y el delator me respondió con saña :  
— ¡ No ! la trajo Manrique á Nueva España.

» Si es la mujer por condición curiosa  
y en inquirir concentra sus anhelos,  
es más cuando ofendida y rencorosa  
siente en su pecho el dardo de los celos ;  
y yo, sin contenerme, loca, ansiosa,  
sin demandar alivios ni consuelos,  
le pregunté por víctima tan bella  
y en calma respondió : — Vive con ella.

» Después de tal respuesta que ha dejado  
dudando entre lo efímero y lo cierto  
á un corazón que siempre te ha adorado  
y sólo para ti late despierto,  
tal como deja un filtro envenenado  
al que lo apura, sin color y yerto :  
no te sorprenda que á tu cita acuda  
para que tú me aclares esta duda. »

Pasó un gran rato de silencio y luego  
Manrique dijo con la voz serena :  
— « Desde que yo te vi te adoro ciego ;  
por ti tengo de amor el alma llena ;